



COHERENCIA

Final de un verano peculiar, en el que el comentario en cualquier encuentro con amigos o conocidos ha sido siempre el mismo: ¡qué calorazo! ¡es imposible vivir así...!

Esto me ha ocurrido en todos los encuentros que he tenido en mi pueblo de veraneo, (Fornells, Menorca, en la que fue la casa de mis padres). Pero al mismo tiempo he constatado (y con algunos amigos hemos coincidido) que hay algo que ha cambiado también, y es que, comparado con hace unos años, las barcas de los veraneantes son todas mucho más grandes y se ha impuesto la moda de equiparlas con potentísimos y exagerados motores, que proporcionan una velocidad deslumbrante, al coste de un consumo de combustible obsceno.

O sea, que desayunando nos quejamos del calor, para seguidamente fundirnos cien litros de gasolina navegando a toda velocidad con nuestra barca equipada con dos enormes motores.

Y lo lógico es pensar: ¿Y qué efecto va a tener que yo me contenga en comparación con el efecto de cosas como el turismo desbordado y sin control, los millones de viajes en avión o cualquiera de las guerras en curso?

Es verdad: nada va a cambiar porque yo restrinja mi consumo. Pero hay una idea detrás que es importante: la coherencia. El actuar como creemos, y el saber que nuestras decisiones son coherentes con lo que pensamos.

Si sólo actuamos movidos por el objetivo, (parar el cambio climático) nada podemos cambiar. Porque lo que hagamos individualmente no va a tener ningún efecto relevante. Pero si actuamos movidos por la coherencia, fijándonos en el trayecto en lugar de la meta, quizás sí sirva de algo.

Vivir en coherencia es lo único que podemos hacer, y la suma de coherencias quizás sí acabe teniendo efecto, todo y que seguiremos viendo con impotencia que lo que nosotros hacemos algunos otros ni lo siguen ni lo van a seguir nunca.

Cuando paro por la calle para comentar “menudo calorazo”, ahora para mí ya no es gratis. Necesito añadir, al menos en mi mente, ¿y yo qué estoy haciendo al respecto?

¡Feliz vuelta!